

# Tierra española: Welles y Hemingway

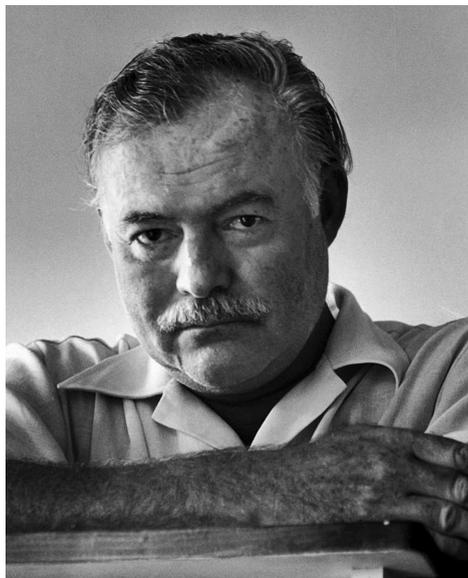
Edgar Esquivel

La explicación de Orson Welles quedó impresa en la revista *Cahiers du Cinéma* en 1966, veintinueve años antes de lo ocurrido: unas líneas del guión le parecieron pomposas y así las narró, pues el genial director era además un gran e irónico actor. Pero a quien no le agradó el tono y énfasis de su voz (ni mucho menos la actitud de Welles) fue al guionista principal: el mítico Ernest Hemingway, quien a propósito le espetó algo más o menos así: “¡ustedes, muchachos afeminados del teatro, qué saben sobre guerra real!”. Entonces Welles decidió tomar el toro por los cuernos y comenzó a actuar precisamente como le reprochó el escritor, reviriéndole con marcada burla un: “¡Señor Hemingway, qué fuerte y grande es usted!”.

El cineasta rememoró algo divertido aquella situación. Hemingway estaba furioso y ambos se trenzaron, sin llegar a los golpes, frente a las imágenes proyectadas de la Guerra Civil española, que en ese momento se editaban, y parte del equipo de producción.

Fue el documental del polémico realizador holandés Joris Ivens (1898-1989), *The Spanish Earth* de 1937, el peculiar terreno donde tuvo lugar tal desavenencia, un tanto ridícula, pero significativa. El resultado de aquello fue que la película tuvo dos narraciones: la original de Orson y la sustituta hecha por Ernest. Fue un proyecto filmico cuyos productores (miembros de The Contemporary Historians, Inc.) lo promocionaron como testimonio de la “verdad” de un pueblo (Fuentedueña del Tajo) en su lucha por la democracia y libertad ante la amenaza del fascismo.

Me da la impresión, no obstante lo aleatorio y limitado de una revisión fugaz, que la mayoría de los biógrafos de ambos per-



Ernest Hemingway

sonajes suele evitar detalles u omitir por completo aquel altercado. Ni Carlos Baker, A. E. Hotchner, Fernanda Pivano, Leicester Hemingway, Yuri Paporov o Stephen Koch, por el lado del autor de *París era una fiesta*, con las excepciones de Norberto Fuentes, aunque su versión es escueta, y principalmente de Kenneth S. Lynn (quien sí recupera más detalles, incluida la versión de Welles ofrecida a *Cahiers du Cinéma*); tampoco Santos Zunzunegui o Barbara Learning por parte del director de *Citizen Kane* creyeron que era relevante aludir a ese desencuentro donde los reclamos mutuos versaron sobre la torpeza y excesos de sus respectivos oficios. Dos genios de la narración—visual, escrita—, dos contadores excepcionales de historias, enfrentados cual duelo de feria anteponiendo sus virtudes y egos.

Por supuesto que ni la historia del cine o la literatura, mucho menos sus respectivas obras, se verían afectadas a raíz del suceso. Es un hecho intrascendente del que sin embargo se pueden rescatar—no sin un ingenuo y caprichoso ánimo de curiosidad personal—al menos dos aspectos: lo que puede ser abono para la añeja discusión sobre el tema del “compromiso” artístico, dado el tinte político y real propósito del documental, e incluso el mórbido asun-

to de las coincidencias entre el nacido en Oak Park, Illinois (1899) y el niño prodigio originario de Kenosha, Wisconsin (1915): ambos mantuvieron un vínculo permanente con España y la Fiesta, con el matador Antonio Ordóñez o los sentimientos hacia la República. No fueron de la misma generación (dieciséis años había de distancia), pero compartieron la pasión por la ficción y el infortunio como activistas, cuyas actitudes y opiniones (que no intelectuales, ni mucho menos de políticos profesionales) rayaban en una ingenuidad que provoca no sorpresa sino ternura e incredulidad. El estudioso Stephen Koch dice bien que se trataba, al menos en el caso de Hemingway, de una nula credibilidad en las “causas”. Lo cual constata que el genio o el talento artístico en sí mismos pueden ser un acto de rebeldía que, en el momento justo del llamado creativo, debe prescindir de toda idolatría. Ellos sólo creían en lo que creaban, lo demás quedaba al margen, pues es ahí donde podían establecer un diálogo y un conflicto abierto con los derredores y seres del mundo que les tocó en turno.

Pero años después habría un segundo encuentro (referido por Valerie Hemingway) en un restaurante en las afueras de París. Hemingway entró acompañado y cuando el *maitre* le vio, se acercó a él y dijo: “¡Ah, señor Welles, bienvenido!”. “A Ernest se le nubló el semblante y ladró: Me llamo Hemingway”. Por supuesto no tardó Orson Welles en llegar a ese mismo sitio.

Nunca fueron amigos, pero vaya que debió de ser electrizante verlos juntos alternando las certezas que ambos tenían de su fuerza creativa y emocional. Ya alguien lo dijo mejor: “qué fácil es creerse un Dios por el corazón, y qué difícil serlo por el espíritu”. **U**